

levantadas, silbos, gestos, miradas, parpadeos. Pocas, muy pocas palabras” (pág. 187).

“No hay ninguna forma de adoración, salvo la que se rinden entre sí los enamorados” (pág. 172), plantea Joaquín Mattos Omar al revelar la religión de su utopía. Y Guillermo Linero, con el desparpajo con que José Arcadio Buendía, responde a Apolinar Moscote, cuando le dice que en Macondo “no necesitamos ningún corregidor porque aquí no hay nada que corregir”, expresa con relación a la forma de gobierno que implementaría en su país: “No hacen falta en él los palacios gubernamentales, pues no hay –ni siquiera en los circos y zoológicos– reyes o presidentes. Tampoco existen los edificios de administración pública, porque, donde la armonía es sinónimo de existencia, nada es administrable. En consecuencia, carece de forma de gobierno” (pág. 213).

Por supuesto, no podía faltar la alusión a uno de los antecedentes del ejercicio propuesto por Quintero Ossa a sus colegas. El de Borges, referenciado por una de las poetisas convocadas en el libro, María Clemencia Sánchez, quien, con relación al sistema de pesas y medidas que regirían en su paraíso, precisa: “Similares a las de Tlön. Pesos intolerables en lo pequeño y levedad en lo enorme. Aprenderíamos tal vez a medir o a calcular los misterios” (pág. 263).

Y, a propósito de Borges y sus juegos de espejos, vale aclarar que la presente reseña, esta antología de la antología de Robinson Quintero Ossa, no es la primera que se ha escrito. Ya el mismo autor, anticipándose a los hechos, columbró al menos cuatro reseñas en el futuro. La última de las cuales, que alude a las que la precedieron, fijó, a manera de epílogo, en Medellín, en la fecha futurista de diciembre 1º de 2112. Es decir, dentro de cien años, recurso con el cual justifica la necesidad de *El país imaginado*, en las actuales circunstancias de Colombia. Un país este no imaginado, sino real y donde todos los ítems que una enciclopedia comprendería para describirlo (paisaje, etnias, lengua, sistema de pesos y medidas, moneda, medidas de seguridad, etc.) arrojan un saldo lamentable.

En este marco, aunque tanto el antólogo como quienes lo han



acompañado en esta empresa han corrido gratuitamente el riesgo advertido por Eduardo Escobar: “Yo te aconsejo. Jamás intentes imaginar un país distinto del que tienes por fuerza. Siempre corres el riesgo de empeorar las cosas con tus deseos” (pág. 51), debe abonársele dos cosas: el gesto esperanzador que constituye el libro y, como he dicho, el hecho de ser, a su manera, un inventario de las poéticas y de los poetas colombianos que han conformado las dos generaciones de los últimos años.

Antonio Silvera Arenas

Heráclito inasible: el silencio fragmentado

Heráclito inasible

JORGE CADAVID
Editorial Pontificia Universidad
Javeriana, Bogotá, 2010, 106 págs.

POCA POESÍA, en el panorama colombiano contemporáneo, se parece tanto a sí misma como la de Jorge Cadavid. *Heráclito inasible* lo confirma ampliamente. En sus cuatro partes (“Círculos en el agua”, “La piedra desnuda”, “La realidad inconclusa” y “Fragmentos de silencio”) aparece el mismo estilo breve, emparentado con tanta evidencia al haikú; y las mismas pesquisas, que oscilan entre lo físico y lo metafísico, entre la realidad y lo ilusorio, elaboradas en sus libros anteriores, vuelven a penetrar la atmósfera de este nuevo volumen.

Estamos, sin duda, ante elementos recurrentes que delinean un muy atractivo y singular mundo poético: cielos, árboles, pájaros, insectos, flores, piedras y su respectivo correlato donde se reflejan, en un juego de imágenes sutiles, el vacío, el silencio, la perplejidad.

La realidad de un camino, hecho de su confirmación y su negación, propuesto por Heráclito, así como las condiciones esenciales que caracterizan el pájaro solitario de san Juan de la Cruz, señalan los linderos conceptuales del libro. Por un lado la filosofía y por el otro la poesía. Aquí la orilla del fisiólogo de la antigüedad griega, allá la del místico soñador renacentista.

Los primeros poemas del libro están dedicados a un músico y a un pintor. Satie y Morandi van en procura de la luz. La indagatoria luminosa, frecuente en la obra de Cadavid, vuelve a plantearse aquí. Lo interesante es comprender cómo el poeta moldea un mundo de artistas que son como hermanos en la edificación de una poética, sea esta verbal, sonora o pictórica. Las *gymnopédies* y las *gnossiennes* del compositor francés dialogan, desde la luz transmutada en música, con el silencio, el vacío y el resplandor de un bodegón de Morandi.

Eduardo Jaramillo señala, como lo han dicho los críticos de la obra de Cadavid, que “sin el silencio cualquier percepción de la realidad quedaría incompleta”. “La música quejumbrosa”, uno de los poemas del libro, lo dice con mayor precisión, pues el poeta casi siempre es más certero que el crítico:

Desde el principio del verso
no hay camino
Deberíamos escribir sin palabras
La idea más transparente del
poema
es callar.

Esto no quiere decir, por supuesto, que haya una aspiración a la totalidad en esta poesía por el mero hecho de estar fundada en la condición del silencio. Quizá de lo que se trata en la poesía de Cadavid es de una nostalgia del todo formulada desde la percepción del fragmento. La astilla que sueña con la matriz de donde se desprendió. El pájaro que es en sí mismo

una imagen –efímera y veloz, forjada más de luz que de plumas, anclado en paisajes oníricos– de la divinidad. En el poema “Alguien dice” surge tal constatación:

Aquí en lo irreal
he visto a un pájaro
en sueños anudando
con su pico una red.

En *Heráclito inasible* vuelve, también, la vocación de entomólogo con la que Cadavid a veces gusta definirse y con la cual inició su periplo poético al publicar en 1998 *Diario del entomólogo*. En la solapa de presentación de otro de sus libros más logrados, *Herbarium*, se puede leer: “aprendiz de naturalista y entomólogo”. Ahora bien, Cadavid ve al insecto y su conclusión es de índole metafísica. A algunos esta alternativa puede resultar excesiva, pero en el poema el artificio funciona con eficacia puesto que se produce un efecto revelador.

INSECTO

El paso de la vida
en visiones perdidas
Un insecto caminando sobre el
agua
La extensión del vacío que lo
sostiene
La voluntad infinita del aire.

Y es que esta poesía es más mental que corpórea. Es decir, luego de hacer un diagnóstico de la situación de las hojas de un árbol y sus frutos, se concluye que esa realidad “no brilla ya para la vista sino para la mente”. De algún modo, y sé que la comparación puede ser incómoda, Cadavid con sus insectos, remite a Miguel de Unamuno cuando decía de su mascota: “Mi gato nunca se ríe o se lamenta, siempre está razonando”.

Aunque no sería del todo acertado hablar de raciocinio en *Heráclito inasible*. O al menos la presencia del animal como símbolo tiene que ver en este libro más con la ensoñación. Así en “Los ojos deseados”, un caballo de mirada nerviosa, permite ver en este escenario acuoso vestigios estelares. En el detalle menos esperado, incluso en el más prosaico, palpita la bendición del misterio, el secreto de la belleza que siempre es milagrosa.

Pero la belleza tiene un sentido más alto si está conectada al topos de la escritura poética que, además, es otra de las persistencias en la obra de Cadavid. Deudora muy especialmente, en el medio colombiano, de la sobriedad de José Manuel Arango, en *Heráclito inasible* hay un poema que pone de manifiesto la relación con el poeta de *Este lugar de la noche* y presenta, de paso, la relación animal y escritura. En “Como una imagen” de Cadavid se dice:

Sigo los pasos de la grulla
Al final de esa frase
que se curva en la arena
puede estar el poema.

La realidad inconclusa es, a mi juicio, la parte más lograda e inspirada del libro. Se alcanza en estos breves poemas, desde sus títulos mismos (“Constelación”, “Punto de agua”, “Límites”, “Diálogo de aire”, “Angélico”, “Guijarro”, “Abisal”), una transparencia, una hondura y una prodigiosa capacidad de epifanía. Es como si en este conjunto de diecisiete textos estuviese condensada toda la intensidad y la paleta filosófica-poética de Cadavid. El vacío desde donde se vislumbra el pensamiento, caballos que aparecen y desaparecen bajo la lluvia y cuyas pisadas escriben un texto infinito sobre la hierba, los espejos como abismos silenciosos, las flores ante el agua que encierran el enigma de lo que es contemplado y lo que contempla, el pájaro hecho de aire y de piedra y que, como un ángel, es el inolvidable mensajero del amor.

Después a *Heráclito inasible* solo le queda, para culminar su itinerario, acudir al silencio fragmentado. A esa palabra, como lo dice el poema “Suspensión”, que

al tiempo que es dicha
ha de quedar suspendida
a punto de decir.

Pablo Montoya

Escritor y profesor de literatura,
Universidad de Antioquia

Coordenadas de pérdidas y adioses

Las herencias

PIEDAD BONNETT

Visor Libros, colección Palabra de Honor, Madrid, 2008, 89 págs.

A PIEDAD Bonnett la leí por primera vez hace muchos años, por allá a comienzos de la década de los noventa, cuando cayó en mis manos un ejemplar de su primer poemario *De círculo y ceniza* publicado por la Universidad de los Andes en 1989. Este libro ya permitía intuir lo que después vendría a ratificarse como una certeza: estábamos frente a una voz original que se consolidaría como una de las propuestas literarias de mayor proyección, desde nuestro país, en el ámbito internacional.



Después vendrían dos títulos definitivos para confirmar aquella certeza: *Nadie en casa* editado en 1994 en esas sencillas y sobrias ediciones de Simón y Lola Guberek y *El hilo de los días* ganador del Premio Nacional de Poesía de Colcultura en 1994. Ambos volúmenes mostraban los registros de una poesía coloquial, donde la observación de las cosas cotidianas, de entrecasa y de la calle eran los protagonistas esenciales de una poesía fresca, en el que el lenguaje permeaba las emociones humanas y las llevaba a un ámbito de lo estético desde lo verdadero.

Luego, libros como *Ese animal triste*, *Todos los amantes son guerreros* y *Tretas del débil* revelarían poemas